

EDUARDO DE LA HERA BUEDO, *Pablo VI. Timones de la Unidad*, Ed. Monte Casino (Zamora 1998) 533 pp.

La obra del profesor Eduardo de la Hera Buedo, aparecida hace poco, es un interesante y completo estudio de la idea de unidad eclesial propia del papa Pablo VI. Un trabajo fundamentalmente teológico aunque con numerosas referencias históricas fruto de una investigación minuciosa de los documentos magisteriales del papa Montini. El libro consta de ocho capítulos a lo largo de los cuales el autor presenta la eclesiología de Pablo VI y sus actuaciones en favor de la unidad de los cristianos. Los cuatro primeros capítulos hacen referencia a los temas esenciales de la reflexión sobre la Iglesia. Siguiendo el esquema de la *Lumen Gentium*, el autor nos ofrece un *primer capítulo* sobre la Trinidad como fuente de la unidad de la Iglesia. El Padre que diseña la unidad, el Hijo que la realiza y el Espíritu que la impulsa. La confesión de fe trinitaria y el bautismo aparecen en la mente de Pablo VI como algunos de los elementos que compartimos los cristianos aunque no lleguemos a la plena comunión. El *capítulo segundo*, aborda el tema de los modelos e imágenes de unidad en la Iglesia. En la más pura línea conciliar, el autor, se centra en las imágenes a las que el papa Pablo VI dio más importancia: Iglesia, Sacramento de salvación; Iglesia, Comunión —lo que el Vaticano II llama Cuerpo de Cristo—; e Iglesia, Pueblo de Dios. Todas ellas coinciden en definir a la Iglesia como un todo esencial, en la riqueza de la diversidad y variedad. Siguiendo con los fundamentos teológicos de la unidad de la Iglesia, el *capítulo tercero* se dedica a la Palabra y al Sacramento como generadores de la unidad de la Iglesia. Una triple Palabra, dice el autor, siguiendo a la Constitución *Dei Verbum*: la Escritura y la Tradición —estrechamente unidas y compenetradas, manan de una misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin» (DV 9)—, y el Magisterio, custodio e interprete de la Revelación. El profesor de la Hera Bueno dedica unas páginas a explicar cómo Pablo VI comprendía la relación Magisterio-Teología tema siempre, también hoy,

de candente actualidad. Junto a la Palabra, los sacramentos, principalmente el Bautismo que compartido por las Iglesias no católicas y confesiones eclesiales nos hace poseer alguna comunión aunque no sea perfecta; y la Eucaristía, principio y fundamento de la unidad. El capítulo cuarto, cierra una primera parte de la obra dedicada a la reflexión teológica. Aborda el tema de los carisma y ministerios en el camino de la unidad. Después de exponer ampliamente el pensamiento de Pablo VI sobre la relación entre carisma y autoridad, el autor, se centro en la colegialidad de los obispos, destacando la importancia que el papa Montini daba a los Sínodos y a la Iglesia local en el camino hacia la unión con las Iglesias separadas, especialmente con las Iglesias ortodoxas. Pero además se pregunta cómo el papado puede volver a ser factor de unidad entre las Iglesias cristianas después de tantos siglos de rupturas, separaciones y desconfianzas (es la misma idea que Juan Pablo II ha vuelto a plantear más ampliamente en la encíclica *Ut Unum Sint*, 88-95). Se concluye el capítulo hablando de los presbíteros y los laicos, quienes desde sus peculiares carismas deben trabajar por la unidad eclesial. Nada se dice de los religiosos. La referencia a María como «corazón de la unidad», que cierra el capítulo, sólo se entiende que haya sido introducida aquí si consideramos que el autor a querido guiarse del esquema de la *Lumen Gentium* para exponer la reflexión del papa Pablo VI en torno a la unidad de la Iglesia. El capítulo quinto, está dedicado a las heridas y abandonos de la unidad eclesial. Movimientos críticos y contestatarios que surgieron durante el pontificado de Pablo VI, fundamentalmente las reacciones a la «*Humane Vitae*» y el caso Lefebvre. En medio de la tormenta, comenta el profesor de la Hera Buedo, Pablo VI miraba más lejos, y, mientras invitaba a la vigilancia y a la fidelidad, se atrevía, esperanzado, a leer en el fenómeno incómodo de la contestación una llamada histórica al pluralismo de la Iglesia. Pero además de la preocupación por las tensiones contemporáneas a su época, el papa Montini supo dar un gran impulso a la tarea ecuménica, desde un punto de vista tanto práctico como teórico. Este quehacer ecuménico del papa es recogido en los capítulos siguientes. En el capítulo sexto se recoge la preocupación ecuménica de Pablo VI como base de su programa pontificio, siempre en sintonía con el Vaticano II y con el Secretariado para la unidad de los cristianos (hoy *Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos*). Por ello se analizan las ideas fundamentales de las intervenciones del Papa tanto en el Concilio, como en los discursos de los encuentros tenidos lugar a lo largo de sus viajes más específicamente ecuménicos: Tierra Santa, Estambul, Ginebra. Sin olvidar, las referencias a los gestos ecuménicos que en su medida contribuyeron a allanar el camino de unión de las Iglesias. En el capítulo séptimo, se nos ofrece una sistematización del pensamiento ecu-

ménico del papa Pablo VI, el autor trata de dar respuesta a la pregunta de si existe en la mente del Papa, al lado de su pensamiento/magisterio ecuménico, una forma peculiar suya de concebir las relaciones con las otras Iglesias cristianas. Por último, el *capítulo octavo*, nos retrotrae al principio, pues la unidad de la Iglesia posee una fuerte carga escatológica. Es imposible, afirma el autor, entender la visión de la unidad, con todas sus complejas indicaciones, sin tomarse en serio su proyección futura: su dinamismo, su tensión histórica y su consumación metahistórica en la Trinidad. Finaliza la obra con unas conclusiones donde se recogen las ideas fundamentales de la investigación y una serie de perspectivas que sirvan para orientar el camino que los cristianos seguidos haciendo hoy en busca de la unidad ansiada.

JUAN CRUZ ARNAZ CUESTA